ABC 3 mayo 1959

(51)

105

MISA DE ANGELES POR UNA PALABRA NONNATA

El maestro Julio Casares, en otras páginas de ABC, ha contado cómo la Academia, en sus últimas sesiones, abrió el cauce de su Diccionario a varias palabras de distinta alcurnia. Corresponde a don Julio, docto entre los doctos, la enumeración y explicación de los vocablos a los cuales se ha dado el supremo espaldarazo de su entrada en la Orden—bellísima Orden—del idioma español.

Yo, último entre los últimos, aprendiz modestísimo, me atrevo hoy a hacerle el contrapunto, contando, por mi parte, la breve y fugitiva historia de una palabra que voló un segundo sobre la ovalada mesa de la Academia y que murió nonnata. Era la palabra "quirolología", del griego "quiro"—mano, y del latín "loqui", hablar, y yo el osado que la había propuesto definiéndola como "arte de hablar con las manos".

Lejanos recuerdos inspiraban esa tutoría. El rigorismo y disciplina—inauditos—de Areneros, de donde fui alumno, aquella primera novia de la adolescencia que entreabría los visillos de sus altas ventanas en la calle de Arrieta para verme y a la que yo hablaba por señas, hicieron de mí un experto en —¿se me permite?—"quirolología". En el colegio, la "quirolología"—perdón—era un arma de legítima defensa. Contra el silencio impuesto, como si el hablar fuera pecado, la avidez de comunicarnos nos obligaba a los alumnos a recurrir al uso del telegrafo de manos. A Alberto Martín Artaño llegaron a homologarle ochenta letras por minuto. Era prácticamente casi un orador. Yo, aunque en segunda línea, tampoco hacía mal papel, la verdad sea dicha.

Cuando propuse esa palabra—algunas variantes de ella se apuntaron: quirolalia, dactilología, pero no prosperó ninguna—fue más que por bautizar con un neologismo un arte en el que, "velis nolis", han de especializarse los mudos, por poder referirme a aquella técnica de la que yo fui aprendiz en mis años de infancia con una denominación precisa.

Ya empecé contando cómo fracasé en mi empeño. Convoco por ello a una misa de ángeles en memoria de esa palabra nonnata. Pero no sólo de esa, sin autoridades ni tradición, aunque resultase del ayuntamiento de dos raíces nobilísimas, si no, ya que estamos en ello, de tantas otras que, a su igual, son por varios motivos rechazadas.

Quien las apadrina—¿se me autoriza a violar la clausura?—queda un instante con la rectangular papeleta en que se definen, a la espera de la discusión y, acto seguido, del veredicto.

Después viene un silencio. Menéndez Pidal levanta la noble cabeza pidiendo el público parecer sobre el vocablo forastero. El doctor Marañón suele mirar con simpatía al recién llegado como a un discípulo joven. La barra peligrosa y de difícil cruce es la de D. Julio. Si D. Julio abanica el aire con su mano diestra y sonríe a media comisura, la nueva palabra puede darse por perdida. Si, por el contrario, hay un cambio de comprensivas miradas entre D. Ramón y don Julio, la esperanza es cierta. Entonces,

la nueva palabra es ungida y en el acta de la sesión siguiente se certifica su feliz arribó a las playas del Diccionario.

Hay un limbo para las palabras que llamaron una vez en las puertas de la Academia sin éxito. Sería, sin embargo, aventurado suponer que han de encontrarla cerrada si otra vez vuelven, pegados los años, a pedir asilo. Porque a lo mejor en ese lapso de tiempo el vocablo rechazado se abrió camino entre las gentes, se impuso, poco a poco, imperceptiblemente y conquistó la simpatía, acaso, de los puristas. Entonces, al llegar de nuevo a las deliberaciones de la Academia, trae salvoconductos de que en principio carecía, porque ganó su fortuna fuera, en la plaza pública, y si el pueblo y el uso la adoptaron, como la Academia no está hecha ciertamente para escamotear al Diccionario la linja espontánea y pura que le manda la calle, con tal de que tenga belleza y lógica, sino para elevarla de rango y, en definitiva, sancionarla, puede suceder que la palabra derrotada en su primera batalla gane así la segunda. Sus innumerables hermanas le abren hueco entre ellas y el Diccionario aumenta, entonces, unas líneas más.

Acontece eso con frecuencia porque las palabras son células en perpetuo movimiento y como tales sensibles al desgaste de la prosodia y aun al de la ideación. A veces tardan siglos en perder una letra o en cambiarla, pero el proceso no se interrumpe. A veces se altera su significado y se arrinconan unos vocablos, pese a su justeza y a su eufonía y se remudan por otros de peor calidad. El lenguaje está sometido a las más imprevisibles mudanzas: de ahí el sortilegio de la filología. Los astrónomos saben cuál es la órbita que siguen los astros, la estrella que lucirá el año 3.000, los eclipses que oscurecerán la tierra cuando ya todos los que leemos este ABC habremos muerto, pero los filólogos no pueden saber qué nuevas palabras, dentro de veinte siglos, habrán expulsado de sus cangilones a las que hoy almacena el Diccionario y por qué causas. Dentro de veinte o de treinta siglos, sobre la tierra de Castilla que será la misma, una marea nueva habrá bautizado, quizá, de manera distinta el amor, el sueño, la paz, la guerra... y el arte de hablar con las manos. ¿En qué hora de qué milenio insondable el castellano será lengua muerta? ¿Habrá un día, igual a los nuestros, con su sol y su luna y su alba y su ocaso, en el que Don Quijote, donde hogaño se alza la Catedral de Burgos, haya de ser traducido para que lo entiendan las gentes que allí habiten? Sacrilego parece ese pesimismo y obligado el creer que nuestra lengua es inmortal, pero, ¿no tenían derecho para pensar lo mismo del latín y del griego quienes lo hablaban en tiempos de Ovidio o de Pericles?

En fin, lejana está, en todo caso, la ocasión de ese Requiem dramático por el idioma extinto. Hoy—libres de todo peligro—hástenos esta misa de ángeles por el pábilo sin músculo, por el alma, azulada y tenue, de las palabras nonnatas.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española